

Violencia y crimen al acecho en los colegios

Buscar soluciones: esa es la tarea. Las respuestas deben entender que la violencia escolar no es un hecho aislado ni se resuelve solo con medidas visibles. Pórticos detectores de metales, control de accesos o guardias pueden ayudar, pero no curan la enfermedad; apenas contienen uno de sus síntomas.

Si queremos soluciones reales, debemos ir al origen de las conductas. Jóvenes conectados 24/7 a teléfonos o computadores, expuestos a juegos de combate y violencia, sin espacios para aprender a manejar la frustración, regular emociones o resolver conflictos. A eso se suma la responsabilidad como padres y adultos: trabajos extenuantes, ausencia en el hogar y poca observación de lo que ocurre puertas adentro.

La pregunta es cómo apoyamos a colegios y liceos para construir

una red psicosocial sólida, capaz de detectar conductas de riesgo, identificar patrones y acompañar a jóvenes que arrastran conflictos personales, familiares o comunitarios. La aparición de armas en establecimientos educacionales obliga a preguntarse si su porte es por miedo, defensa o, peor aún, si estamos frente a vínculos con organizaciones criminales que comienzan a penetrar estos espacios.

Muchos recintos están emplazados en zonas vulnerables o bajo presión del delito. El riesgo no es solo la violencia inmediata, sino que los colegios se transformen en espacios de reclutamiento, ya sea por coacción o seducción, ante la falta de alternativas atractivas para niños y jóvenes. Nos preguntamos dónde está el Estado, pero el Estado también somos nosotros. Fortalecer la convivencia escolar, robustecer sus

estructuras y aprovechar el interés legislativo y presupuestario es urgente. Esto ya es un fenómeno social. Y esa es la verdadera señal de alerta.

Aquí cabe una crítica necesaria: la seguridad escolar no puede seguir reducida a protocolos reactivos, diagnósticos tardíos o respuestas improvisadas. Quienes están a cargo de diseñarla deben comprender que la prevención no se decreta, se construye, con presencia, coordinación y conocimiento del territorio. Esto ya es un fenómeno social. Y seguir mirándolo solo como un problema operativo es, en sí mismo, parte del problema.

**Héctor Sandoval Ingeniero en
Prevención de Riesgos, Magister en
Seguridad Privada y Ciudadana,
Master en Prevención Delictual**